

## **La democracia frente a sus inesperadas e incalculables erosiones**

### **Democracy in the face of its unexpected and incalculable erosions**

Alejandro Kaufman

Universidad Nacional de Quilmes  
Facultad de Ciencias Sociales. UBA

orcid 0000-0003-3044-1416

[alekau@gmail.com](mailto:alekau@gmail.com)

#### **Resumen**

En el presente trabajo se procurará abordar una tentativa de caracterización de las condiciones existenciales en las que se entran las relaciones sociales dominantes con la institucionalidad estatal vigente. Para tal fin conviene dar cuenta del marco en que se desenvuelve la que al fin de cuentas puede definirse como la cuestión de la democracia en el marco de grandes mutaciones civilizatorias de destino incierto a la vez que con narrativas que pretenden certidumbres normativas. Tales mutaciones civilizatorias, designarlas así, ha perdido vigencia porque las condiciones existenciales que nos conciernen han atravesado los límites categoriales que teníamos disponibles hasta no hace tanto para tales consideraciones. Hablamos de civilizaciones, pero también de cosmismos; de subjetividades, pero también de atravesamientos por géneros y disidencias; de derechos humanos, pero también de sus concreciones irrealizadas; de políticas y territorios soberanos, pero también de nuevos conatos imperiales y extractivismos -materiales e inmateriales-. No concurren estas series a una ampliación indeterminada del alcance analítico postulado, sino a ensayar una inversión de los términos habituales con que discutimos estos problemas. La esfera político mediática se impone con una gravitación irreductible frente a la cual los cánones cognitivos suponen resguardarse en la ciudadela monástica. Se nos destina a contar nuestros pasos en circunloquios que ya no solo son herméticos -lo cual en sí mismo no es cuestionable-, sino que están siendo objeto de un acoso destituyente que parece ir en aumento. El propósito de la reflexión que aquí se trata de enfocar es invertir la pirámide: concurrir a la arena pública con los yacimientos del conocimiento crítico, soltadas sus amarras exegéticas para ir en procura de hallar intelecciones, antes que

limitarnos a reproducir la lógica interna de los saberes, cuya legitimidad y fertilidad no están en discusión como tales, sino la ampliación o aun la plausibilidad de interlocuciones situadas en el vivo drama contemporáneo. Para tal fin optamos por pausar el falso problema de las supuestas inteligibilidades ampliadas mediante traducciones siempre infructuosas o inaudibles, y limitarnos a la autopercepción que las escrituras habiliten con miras a la vida en común. La inquietud no es nueva: sabemos que es transversal por lo menos a los últimos siglos -modernos- del litigio entre vida pública y pensamiento, aun con sus más antiguas genealogías. No obstante, la actual escena requiere una recuperación insubordinada de categorías desafiadas por cataclismos acontecimentales. La tentativa como realización, o la realización como tentativa, es el propósito.

### **Palabras claves**

Destituyente y destitución, cosmismos y minerías, géneros y violencias

### **Abstract**

This paper will attempt to characterize the existential conditions in which the dominant social relations are intertwined with the state institutionality in force. To this end, it is convenient to give an account of the framework in which what can be defined as the question of democracy unfolds in the context of great civilizational mutations of uncertain destiny and at the same time with narratives that claim normative certainties. Such civilizational mutations, to designate them as such, have lost their validity because the existential conditions that concern us have crossed the categorical limits that we had available until not so long ago for such considerations. We speak of civilizations, but also of cosmisms; of subjectivities, but also of gender and dissidence; of human rights, but also of their unrealized concretions; of sovereign policies and territories, but also of new imperial attempts and extractivisms -material and immaterial-. These series do not concur to an indeterminate broadening of the postulated analytical scope, but rather to test an inversion of the usual terms with which we discuss these problems. The political-media sphere imposes itself with an irreducible gravitation against which cognitive canons are supposed to take refuge in the monastic citadel. We are destined to count our steps in circumlocutions that are not only hermetic -which in itself is not questionable-, but are being subjected to a destituting harassment that seems to be increasing. The

purpose of the reflection we are trying to focus on here is to invert the pyramid: to concur to the public arena with the deposits of critical knowledge, loosened its exegetical moorings to go in search of intellection, rather than limiting ourselves to reproduce the internal logic of knowledge, whose legitimacy and fertility are not under discussion as such, but the extension or even the plausibility of interlocutions located in the living contemporary drama. To this end, we choose to pause the false problem of the supposedly expanded intelligibilities through translations that are always fruitless or inaudible, and limit ourselves to the self-perception that the writings enable with a view to life in common. The concern is not new: we know that it is transversal at least to the last -modern- centuries of the dispute between public life and thought, even with its most ancient genealogies. Nevertheless, the current scene requires an insubordinate recovery of categories challenged by cataclysmic events. The attempt as realization, or realization as attempt, is the purpose.

#### Key words

Destitution and destitution, cosmisms and mining, gender and violence.

A cuarenta años del advenimiento, recuperación o refundación de la institucionalidad democrática nos encontramos en una encrucijada o interrogante alrededor de si conmemoramos felizmente un aniversario o si enfrentamos un réquiem. Puede ser ocasión de revisar al menos en algunos aspectos la narrativa por la que “se recuperó” la democracia en 1983, como si solo hubiese sido sustraída y guardada en alguna parte (las “urnas guardadas” como metonimia) y que por la acción política se hubiese podido reponer. La instauración de 1983 admitió sin modificaciones una de las premisas de la dictadura de 1976 en cuanto a la dislocación entre condiciones institucionales y políticas económicas, como si ambas mantuvieran relaciones ajenas entre sí. Como si no hubiesen sido necesarias modalidades no democráticas para imponer políticas de ajuste y *austeridad*, como las designan sus perpetradores. El uso de la palabra es susceptible de una inquietud irónica, dado que en el mundo capitalista que concurre a abolir la gratuidad y promover el consumo, la noción de austeridad solo puede tener sentido como eufemismo encubridor de desigualdades no tolerables abiertamente. Sin embargo, pronto habremos llegado a cumplir una década desde que comenzó el proceso por el cual la explicitación y el sinceramiento sustituyeron por fin a los eufemismos. La cancelación de una parte de la población, empujada a la irrelevancia, a

la precariedad y a la estigmatización creó las condiciones, desde la crisis de 2001, para sincerar el discurso neoliberal y la proposición de desandar el camino de la adquisición de derechos a través del vector aspiracional que todavía caracteriza a la sociedad argentina, acosado por incalculables erosiones.

El propósito aquí es abordar una tentativa de caracterización de algunas condiciones existenciales en las que se entraman las relaciones sociales dominantes con la institucionalidad estatal vigente. Para tal fin conviene dar cuenta del marco en que se desenvuelve la que al fin de cuentas puede definirse como la cuestión de la democracia en el marco de grandes mutaciones civilizatorias de destino incierto a la vez que con narrativas que pretenden certidumbres normativas. Tales mutaciones civilizatorias, designarlas así, ha perdido vigencia porque las condiciones existenciales que nos conciernen han atravesado los límites categoriales que teníamos disponibles hasta no hace tanto para tales consideraciones. Hablamos de civilizaciones, pero también de cosmismos y transhumanismos; de subjetividades, pero también de atravesamientos por géneros y disidencias; de derechos humanos, pero también de sus concreciones irrealizadas; de políticas y territorios soberanos, pero también de nuevos conatos imperiales y extractivismos -materiales e inmateriales-. Supuestamente inmateriales aquellos que conciernen a la sustracción de los flujos libidinales instaurados en las interfases entre usos de redes sociales y plataformas con algoritmos, de modo que se sustancia una *minería* libidinal, un acopio de datos consistentes en reducir las condiciones vivientes de las poblaciones, sus subjetividades, a insumos monetizables constituyentes de la acumulación de capital de nuevos dueños del mundo.

No concurren las series mencionadas a una ampliación indeterminada del alcance analítico postulado, sino a ensayar una inversión de los términos habituales con que discutimos estos problemas. Viene el análisis a caracterizar la radicalización de una disociación acaecida desde hace tiempo, entre repetición mecánica y existencia.<sup>1</sup> Roland Barthes, seleccionada aquí su cita de entre tantas otras plausibles, como las referidas a la condición aurática benjaminiana, cuando imputa a la fotografía una detención tanática del tiempo. Contribuya aquí el aforismo sobre repetición y existencia

---

<sup>1</sup> Aquello que -a modo de referencia ejemplar- Barthes señaló en términos de que “la fotografía repite mecánicamente lo que nunca más podrá repetirse existencialmente”. Valga mencionar esta noción dualista para homologarla con la dislocación que aquí interesa entre existencia y repetición.

a formular como epígrafe un problema que suele desestimarse no obstante todo lo que se le ha dedicado en casuística y hermenéutica, en cuanto prevalece la idea de pérdida, noción decadentista de un mundo pasado que resentir con nostalgia, vacancia en detrimento de la presencia de lo existencial bajo nuevas formas que no atinamos a identificar. De entre ellas destaquemos la sustitución de la repetición por la viralización, entre otros acontecimientos que tributan a la inteligencia artificial y a la actual discusión sobre una redefinición performativa de lo humano. En esa impotencia experiencial frente a la colonización del capital sobre las almas reside la defeción bajo la que sucumbe la política entendida como existencia común frente a totalitarismos en ciernes.

Lo existencial aquí entendido de un modo aproximado, limitado, sin atender a su plena encarnadura conceptual, sino como referencia a una inadvertencia resultante de la gravitación de tramas totalitarias. Totalitarias por el establecimiento de clausuras inculpadoras sobre lo denominado como política, con omisión de inmensas extensiones experienciales que cada vez son más obturadas por expresiones tales como “sector privado”. Por sector privado se ha llegado a sustituir toda práctica existencial, encubiertas tales prácticas vivenciales bajo un manto de silencio. Diversas formas de aludir a la vez que de encubrir al Capital.

En el conflicto sofocado y eufemizado entre totalitarismo del capital y existencia/política no se pretende aquí remitir a las tradiciones canónicas que reponen cada vez las trayectorias conceptuales bajo la presunción de habitar un pensamiento vivo, cuando lo que se hace es proceder como guardianes de textos ritualizados solo situados en la actualidad como pretexto, coartada, pretensión no realizada. Y esto es porque por hipótesis transitamos un tiempo de estancamiento del pensamiento situado y crítico, un tiempo de impotencia reflexiva, de clausura frente a la emergencia de un mundo inédito. Hay que superar la dificultad inherente a una observación tal en cuanto a vernos enseguida sometidos al desafío interpelativo sobre el ethos de lo nuevo/viejo, naciente/heredado, en lugar de proceder a la tentativa de identificar lo que efectivamente sucede. No habremos de prescindir de las categorías heredadas de la filosofía política, pero habremos no obstante de advertir que se situaban en otros mundos que han sido sustituidos por el que habitamos, en su respectiva condición de inestabilidad e incertidumbre.

Necesitamos hablar de qué sustitución está teniendo lugar, en qué aspectos, frente a qué problemas materialmente constatables nos encontramos. Los nuevos totalitarismos en ciernes tienen de inédito el alcance exhaustivo con que acontece la captura libidinal

radical, susceptible de reconducir a un magma inconsciente experiencias y afecciones que en el pasado formaban parte de la esfera volitiva. Se nos ha expropiado una proporción indeterminable pero abrumadora de las potencias que definen lo humano para articularlas e insertarlas en el régimen del capital actualmente vigente y en progreso. Nos seguimos autopercebimos como si tal proceso fuera externo a una interioridad todavía autónoma, cuando esta se ha reducido en grados inconmensurables. El problema no es de ponderaciones cuantitativas, no es de extensión, sino de dislocación entre aquello que reside en la conciencia conversacional lexical como residuo espectral, y los devenires efectivamente susceptibles de relevo en la vida común.

La captura libidinal generalizada se traduce en un desvanecimiento de temporalidades libres, ajenas a los circuitos de producción, circulación, intercambio y consumo. La gratuidad, el ocio, las pasiones desinteresadas están, o en extinción, o marginadas a un borde agónico. Nos hemos dejado expropiar las potencias por parte de las industrias culturales, entendidas estas en su sentido más amplio. Expropiación, ya no como derechos autorales, dispensas de acceso a la “cultura”, disputas por las rentas o por las condiciones de reproducción de la existencia. Hablamos de expropiación de la materia prima de la subjetividad, en su misma inmanencia, en su emergencia aun antes de que se plasme en conciencia o aun en un resultado cualquiera, comunicable o dotada de forma en el orden de la estética. Entonces, la existencia en su plenitud adquiere el carácter de régimen de producción, existir pasa a ser producir y trabajar. No habíamos previsto que la incorporación productivista de todas las diversidades humanas, cualesquiera que fueran, antes sometidas a taxonomías excluyentes y segregatorias, ahora son insumibles en el metabolismo del capital. No hay nada inútil, como no lo hay en la materialidad en la que todo se recicla, se compone, se articula como bricolage - este término ya es anticuado-, podríamos decir que se informatiza e incorpora a la matrix adonde todo va como insumo de fragua espectral. William Gibson acuñó el término ficcional simestim, con el cual se anticipó al régimen extractivo y de intercambio de afecciones.

Mientras el capital se emancipa de la humanidad, en lugar de emanciparse la humanidad del capital, mientras la humanidad, como todo lo existente, se convierte en recurso apropiable y útil, los seres vivientes realmente existentes vienen a ser interpelados como derechos habientes, se procura restituir bajo nuevos moldes las condiciones por las que seres humanos y animales podían ser objeto de uso. Hay que desprenderse de

multitudes empoderadas que tienen pretensiones de autonomía y cogobierno. Uno de los recursos a la mano es recuperar los léxicos de las viejas moralidades para intimidar e inhibir voluntades.

Los desarrollos tecnológicos que se habían validado porque nos iban a liberar del trabajo se han convertido en cambio en apremios terroristas. Cada nuevo avance tecnológico liberador de la necesidad y del esfuerzo que se requería aplicar al mundo circundante como trabajo, en lugar de abrir horizontes de expectativa emancipadora se presenta como artefacto cancelatorio, vector de desempleo y desintegración social, a la vez que se promueve algo llamado cultura del trabajo, y que no es más que vilipendio moral destinado a justificar la cancelación de masas. Las multitudes huelgan, no se les concederá una vida, sino que se las arrojará a un abismo mortificante y subordinado, una vez que se les extraiga la materia prima capitalizable. Recordemos que el extractivismo tiene como premisa no solamente la expropiación en cuanto injusticia sino la desolación a que se condenan cuerpos y territorios: desertificaciones, supresión de la vida misma en las periferias. Así también con cuerpos, culturas, tramas sociales. Los extractivismos de la subjetividad conducen a la desolación de las condiciones de la experiencia, al agotamiento, a nuevas formas de malestar en la cultura.

Hasta no hace mucho el ocio era una categoría articuladora de las subjetividades deseantes. Disponer del “tiempo libre” era una prerrogativa del mundo social del trabajo, que enajenaba una parte de su tiempo y se reservaba otra parte para un destino que anunciaba las utopías emancipadoras de las revoluciones sociales concebidas en el siglo XIX. Revoluciones que habían recogido el legado de arraigadas tradiciones eudemonistas. Una primera instancia de la crítica en el transcurso del siglo pasado señaló las limitaciones del tiempo libre efectivamente experimentable y su subordinación en última instancia al régimen vigente de enajenación. Esta subordinación transitaba por una serie de mediaciones conceptuales interpretativas que hacían ver como ideológica la supuesta autonomía del tiempo libre que en cambio se manifestaba como una falsa conciencia de libertad. No obstante, la premisa del llamado tiempo libre era que se accediera a una utópica emancipación limitada respecto de la expropiación de que se es objeto en el capitalismo. Tal emancipación lo es entonces también en lo atinente al dinero y la utilidad. El tiempo libre, por definición, está exento de determinaciones crematísticas. Es tiempo libre, liberado, emancipado, del mercado, del orden de la necesidad, de la coacción de trabajar para comer.

Asistimos en la actualidad a una devastación de la noción de pobreza, una transformación de sus significaciones atribuidas que ya lleva de varios años a décadas. El vaciamiento de los sentidos connotados históricamente por el vocablo ha dado lugar a una denotación excluyentemente aritmética, una posición en gráficos de doble entrada, un umbral estadístico que cumple esencialmente una función estigmatizante. Si denotativamente la palabra ha devenido un mero umbral numérico que se generaliza sin más, en un plano connotativo implica solamente un sentido cancelatorio lindante con las precondiciones dóxicas de los genocidios, las racializaciones y las cancelaciones de poblaciones enteras. Nos precede el litigio entre condiciones materiales objetivables y distinciones existenciales que constituyeron las significaciones de la pobreza desde tiempos ancestrales. Nos gobierna una noción de pobreza arraigada desde los originarios asentamientos agrícolas y urbanos, condición de posibilidad fundante de la acumulación de riqueza por parte de capas sociales privilegiadas en detrimento de otras desposeídas. La noción es objetivamente relacional desde sus orígenes y contiene formas de vida, marcos experienciales transaccionales entre infortunio y voluntad.

Tiempos modernos emancipatorios imponen un supuesto de extinción de la pobreza, una condición esencial de igualdad en la vida en común. El término pasa a significar formas determinables de injusticia, y más recientemente, tramas globalizadas que significan matrices polisémicas. La pobreza deja de ser atribuible al infortunio o aun a la voluntad, para constituirse en una referencia socioeconómica globalizada. A la vez, la pobreza como noción debe luchar por significar una condición existencial en contraste con taxonomías econométricas determinadas por el acceso y la participación en el consumo, es decir, en el Mercado. El Mercado con mayúscula es la condición de totalización, de totalitarismo de un lazo social sometido a las condiciones de la forma de vida que nos rige como si fuera la única posible. En ese marco, pobreza es la situación geométrica de subordinación en el vector determinado por un flujo ascendente, marcado por el llamado crecimiento económico y asimilación aspiracional. La generalización totalitaria de la condición de mercancía, la tiranía del Mercado es la generalización de la captura de todo lo existente a un régimen de intercambio, clasificaciones, reglas de circulación, inclusión y exclusión, y aun existencia epistémica. Una devastación existencial radical, como tendencia absolutista, que empuja hacia un borde a las condiciones de posibilidad de la subjetividad. Cada vez sabemos menos qué podría quedar afuera, solo para identificar zonas todavía no capturadas, como los pensamientos y los sueños, no obstante, en estado de sitio, cada vez más apremiados por el policiamiento econométrico extractivo.

El modo de referir a la pobreza es como mero dato concerniente al llamado poder adquisitivo, ya prescindente en la conversación pública de toda referencia a la desigualdad, y solo determinante de un umbral, en sí mismo tan arbitrario como de imposible cotejo entre diversos países o incluso entre diversas regiones de un mismo país. El uso lingüístico es agresivo, hay un cierto porcentaje de pobres que es responsabilidad de todo conato solidario o distributivo, y que solo debe sujetarse al crecimiento económico. Cuanto mayor el crecimiento, más alto se situará el piso socio económico y más se podrá ascender por sobre la línea de flotación. No interesa aquí la discusión usual, sobre cuánto pueda debatirse en los términos crematísticos que fija la norma, sino sobre cómo la metonimia que define a millones de personas, que las convierte en una mera estadística de demografía del consumo, aniquila literalmente todo supuesto experiencial, toda posibilidad de habilitar una narrativa viviente, concreta, habitable.

El índice/coeficiente de Gini, mensura de la desigualdad y por lo tanto de la injusticia social, con las limitaciones y alcances de toda figura cuantitativa sucumbe como un secreto de catacumba frente a datos brutos de muy escasa significación y de gran fuerza estigmatizante, como los de la “pobreza” y aun de la “indigencia”. Años de prácticas difamatorias totalitarias impunes han logrado silenciar todo debate político público acerca de estas palabras, así como la vacancia de tantas otras como las referencias estadísticas de mayor elocuencia aquí mencionadas.

No por casualidad en los medios de comunicación totalitarios revistan espacios que simulan etnografías de la llamada pobreza. Exhibiciones de apenas disimulada obscenidad sobre condiciones de vida que se rotulan como pobreza, pero se narran de modo encubierto como miseria e indignidad, mientras se omite toda mención a las politicidades que atraviesan a esas subjetividades colectivas. Tales politicidades se atacan brutal y sistemáticamente en otros espacios de esos mismos medios establecedores de agenda. Toda acción colectiva en procura de justicia es tratada como crimen. Por ello no es extraño que por fin la criminalización se sincere en plataformas electorales que recaudan millones de sufragios, muchísimos de ellos procedentes de las propias víctimas de semejantes tratos. En tales narrativas nunca encontraremos, no solo las prácticas contestatarias, sino tampoco los discursos emancipadores u organizadores de la vida en común alrededor del sintagma que ya tiene un par de décadas de trayectoria multitudinaria, el que designa a la economía popular. El afán narrativo reside en quitarle a la economía popular toda sustancia ético política y

transmutarla en vagancia, holganza, corrupción moral propia de la sociedad, incitada a la desvirtuación de la llamada cultura del trabajo. Es un paquete al que concurren otros sintagmas difamatorios criminalizadores, desde la “droga” hasta “no entienden un texto” quienes concurren a la escuela. Cada uno de estos sintagmas circulan en la vida pública como flechas envenenadas que saturan las conciencias e inhiben toda posibilidad conversacional, e instalan en su lugar, un rumor continuo de odio e indignación. Luego hermenéuticas outlet nos persuaden de que indagaron en las conciencias populares para descubrir y acreditar su malestar y sus demandas: piden ser gobernadas por el fascismo y eso hay que comprenderlo de modo condescendiente y paternalista. Claro que con total omisión de cómo se llegó a este destino por acción consuetudinaria de poderes propagandísticos y difamatorios colosales e impunes. No, es por culpa de la “política”. Mentes bien intencionadas y hasta autopercebidas como progresistas parecen no advertir que estos usos de la “política” y de los “políticos” son eufemismos por “democracia” y conversaciones parlamentarias. No es extraño que lo que sucede en el Congreso, flujo numeroso de sentidos volcados sobre lo público y común, se esmera la sociedad en ocultarlo cuidadosamente, hasta que las bancas sean progresivamente ocupadas por quienes desde la más brutal ignorancia y violencia moral concurren a socavar a la democracia y a las prácticas parlamentarias desde su propio seno. Arrojar al aire de un sorteo una dieta de diputado no fue más que un comienzo de apariencias inocentes, pero no menos siniestras.

Lo que se ha logrado por diversas vías que incluyen no menos las redes sociales y las plataformas de streaming es una multitudinaria prédica acerca de las virtudes de otorgar las magras ganancias obtenidas por labores populares a billeteras virtuales, criptomonedas e inversiones bursátiles. Todas estas prácticas económicas se destinaron a ser de acceso masivo y de atracción seductora. En el fondo no son demasiado diferentes de esquemas Ponzi, burbujas que dejan migajas a lo Hansel y Gretel en dirección al horno sacrificial. En conjunto, esos discursos son la inscripción política de los programas neoliberales, formulados como si no fueran políticos, sino como umbrales de acceso a la prosperidad, a la promesa de enriquecimiento sin empeñarse en la cultura del trabajo que se recomienda para otros en desgracia o subalternidad mientras se llama trabajo a tales especulaciones misérrimas. En esa multitud, a la vez audiencia, fuerza laboral irregular y colectivo de adhesión política, cifra la masa crítica capturada por el discurso televisivo vociferante de un enviado de las fuerzas del cielo. De nuevo, la hermenéutica outlet ve ahí un nuevo populismo de derecha democrática, muy atendible y comprensible frente a la bancarrota de la

corrupta, careciente de imaginación e iniciativa: la adocenada política. No es que nos privemos, digámoslo pronto, de ejercer un talante crítico hacia similares fines, pero nunca, nunca consintientes con la criminalización infame y mentirosa que en sus versiones actuales fue inaugurada por el engañoso *que se vayan todos y no quede ninguno* del 2001. No es solo que nadie se fue, sino que en ninguna de las instancias transcurridas se rozó un pelo de la maraña esa sí hirsuta del Capital. El Capital reposa en sus estancias protegidas, hasta que incluso decide salir a la luz a cosechar el prestigio y la notoriedad que la política se presume de haber perdido por su destino patibulario.

La esfera político mediática se impone con una gravitación irreductible frente a la cual los cánones cognitivos suponen resguardarse en la ciudadela monástica. Se nos destina a contar nuestros pasos en circunloquios que ya no solo son herméticos -lo cual en sí mismo no es cuestionable-, sino que están siendo objeto de un acoso destituyente que parece ir en aumento. El propósito de la reflexión que aquí se trata de enfocar es invertir la pirámide: concurrir a la arena pública con los yacimientos del conocimiento crítico, soltadas sus amarras exegéticas para ir en procura de hallar intelecciones, antes que limitarnos a reproducir la lógica interna de los saberes, cuya legitimidad y fertilidad no están en discusión como tales, sino la ampliación o aun la plausibilidad de interlocuciones *situadas* en el vivo drama contemporáneo. Para tal fin optamos por pausar el falso problema de las supuestas inteligibilidades ampliadas mediante traducciones siempre infructuosas o inaudibles, y limitarnos a la autopercepción que las escrituras habiliten con miras a la vida en común. La inquietud no es nueva: sabemos que es transversal por lo menos a los últimos siglos -modernos- del litigio entre vida pública y pensamiento, aun con sus más antiguas genealogías. No obstante, la actual escena requiere una recuperación insubordinada de categorías desafiadas por cataclismos acontecimentales. La tentativa como realización, o la realización como tentativa, es el propósito. De ahí que subrayemos la inercia que nos agobia metodológica y epistémicamente con un supuesto de subjetividades autónomas como deseantes, demandantes y aun autopercibientes, frente a las cuales el malestar, o sea la insatisfacción, nos habrá de orientar forzosamente a la búsqueda de atribuciones de responsabilidad, en procura de explicaciones causales.

De ahí que la política caiga por su propio peso en el banquillo de la acusación. ¿no es acaso la responsable de todo? ¿No es acaso la que se asume como tal? Porque los otros poderes, encubiertos por capas interminables de garantías jurídicas, jurisdicciones transversales, disponibilidades monetarias e ilimitados recursos propagandísticos, resultan incuestionables en lo que mejor saben hacer: delimitar las responsabilidades a lo que el contrato determina para la mercancía ofrecida por el precio que se imponga. Si el mundo se extingue o destruye no es asunto suyo, ya que la propia política, responsable de todo, tiene como función y compromiso propiciar las condiciones de impunidad del capital, responsable de nada. La acción social contestataria que litiga por las extendidas damnificaciones que resultan de este orden de cosas, desde los usos de agrotóxicos hasta las contraproductividades urbanas de muy diverso tipo, se enfrenta con prodigiosos y colosales obstáculos que lleva años superar, y que en sociedades periféricas directamente se desvanecen en la oscuridad de lo inconcebible.

En un mundo antropocénico, adonde hemos llegado a que cada molécula circulante y cada fotón emitido comiencen a ser trazables en sus efectos de daño y crimen existencial, ambiental, cósmico, la exención de responsabilidades exacerba la proyección sobre los chivos expiatorios. ¿No son las administraciones políticas de los asuntos comunes las tributarias de toda responsabilidad? Arrojemos todo lo que tenemos en su contra, mientras las tramas existenciales se entretujan como separadas de la vida pública y común, como aventuras moleculares deseantes desarticuladas, inadvertidas de nuevas disciplinas, ya no en la jaula de hierro, sino en la Matriz o el ciberespacio. No tenemos todavía un término adecuado para estos nuevos continentes que se superponen sobre la ciudad histórica como el entramado que define un Nuevo Mundo. Lo cierto es que las iniciativas que establecen modalidades de poder no sustituyen a la política, porque no pueden en modo alguno prescindir de ella, aunque se auto perciben ajenas, pero sí pueden someterla a la destitución, a un socavamiento devastador que articule el poder conglomerado de los neofascismos no por los estados sino por las corporaciones. Lo que todavía llamamos democracia vaciada de todo sentido de lo público, paria vilipendiada en exhibición obscena continua mientras se incuba el *Zeitgeist* verdadero: todo el poder al “sector privado”.

En semejantes trances de culpabilización, criminalización y clausura de la suerte de poblaciones enteras, el propósito decisivo es obturar y olvidar la imaginación colectiva histórica que procuró recurrentemente y de mil maneras configurar formas de vida

emancipadas en términos de sociedad de iguales, comunidad de bienes y no sujeción al mercado.

El gran objetivo encomendado a los poderes locales en la Argentina es criminalizar el sostenimiento de las existencias más allá del salario mediante políticas de redistribución de riqueza que hagan posible la emancipación del tiempo remunerado, aun en formas limitadas o relativas. La modalidad que adquirió este debate ya hace medio siglo es bajo la conceptualización de la renta básica incondicionada, una forma de desarticular la coacción del empleo sobre la existencia, haciendo posible concebir una vida austera ocupada por el tiempo libre, aun dentro del capitalismo. Las políticas públicas adoptadas en el siglo XXI en la Argentina para sustentar a la población desempleada, aparte de la creación colectiva alrededor de la economía popular, dieron lugar de manera potencial y latente a una aproximación al umbral factible de la renta básica universal, de hecho. Los poderes locales se han empeñado en suprimir toda advertencia al respecto, sofocando toda insinuación que diera lugar a siquiera concebir otras opciones que tanto se vienen discutiendo en países sobre todo desarrollados. El enorme esfuerzo invertido en moralizar la sujeción al empleo y criminalizar la supuesta holganza convierte a nuestro país en un campo de pruebas invertido. Mientras en países desarrollados se debate en círculos de relativa amplitud la factibilidad y deseabilidad de la renta básica universal, en el nuestro es nos arroja por la cabeza la “pala” en tanto metonimia de la maldición bíblica ahora entramada como discurso fascista.

Fecha de recepción: 16 de noviembre de 2023

Fecha de aceptación: 30 de noviembre de 2023

Licencia  Atribución  
– No Comercial – Compartir Igual  
(by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

